

FORMENTERA



JIPIS Y HIPPIES

«Sale a las diez la *Joven Dolores*. La *Tanit* sale al mismo tiempo y llega antes. Pero la *Joven Dolores* es más marinera».

Cuando la gente de mar dice que una barca es *marinera*, no se sabe muy bien lo que quiere decir o, al menos, existen de ello varias interpretaciones. Yo no sé si la *Joven Dolores* es más marinera que la *Tanit*. Lo que sí puedo atestiguar, después de haber recorrido en ella las once millas que separan el puerto de Ibiza del puerto de La Sabina, en Formentera, a lo largo del estrecho llamado de Los Freos, es que la *Joven Dolores* es muy marinera. La visión de la ciudad de Ibiza, desde el centro del puerto, cuando la *Joven Dolores* ha soltado amarras y gira sobre sí misma buscando la salida al mar, es verdaderamente sublime. El bullicio del muelle de la Ribera, en cuyas terrazas entoldadas (*The best place for you tea*) se desayunan los rubios turistas, cargados con las bolsas del baño, y los proletarios ibicencos, satisfechos del progresivo aumento del precio

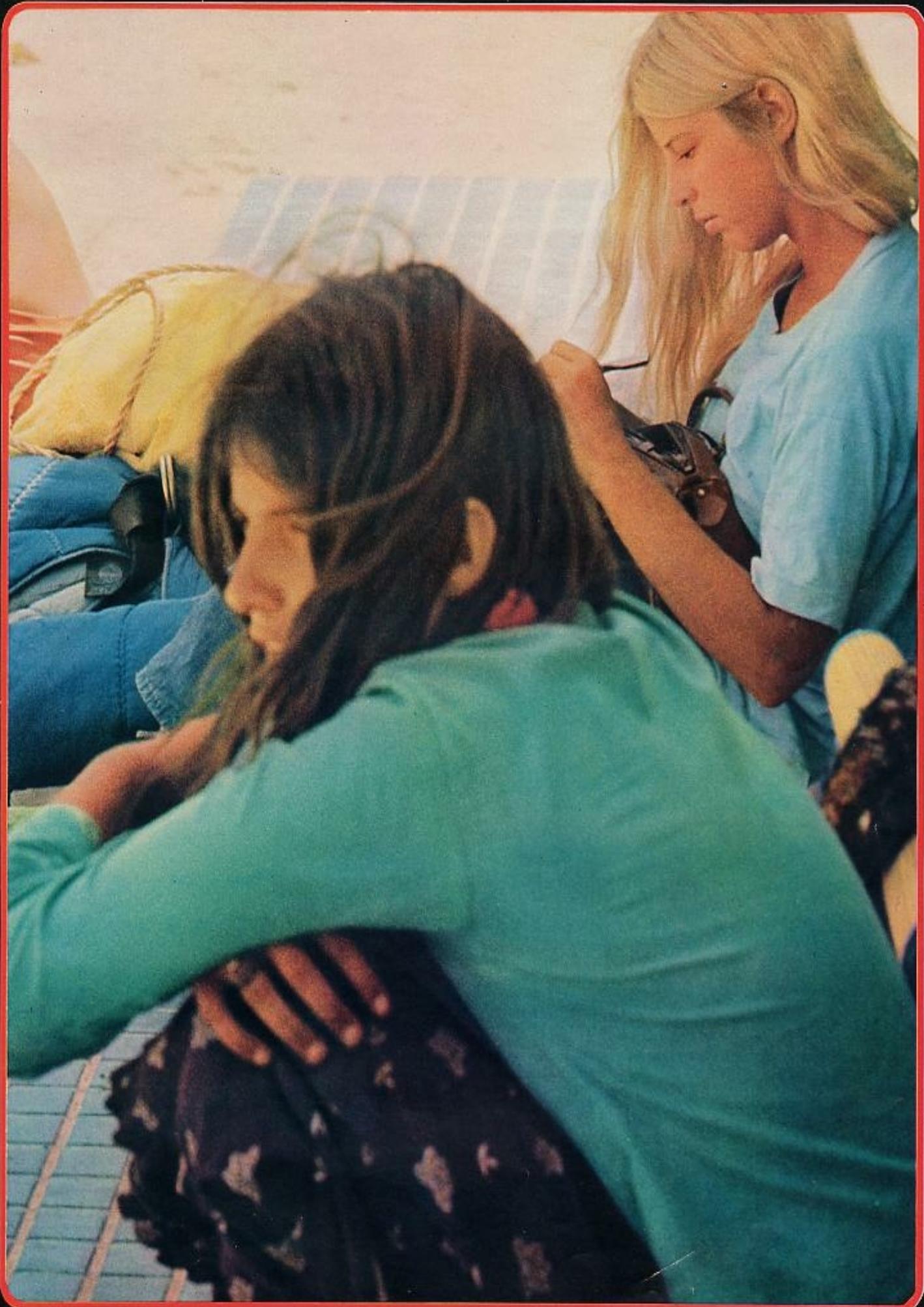
del palmo cuadrado de terreno, se enmarca en la blancura deslumbrante de la Marina, barrio de pescadores.

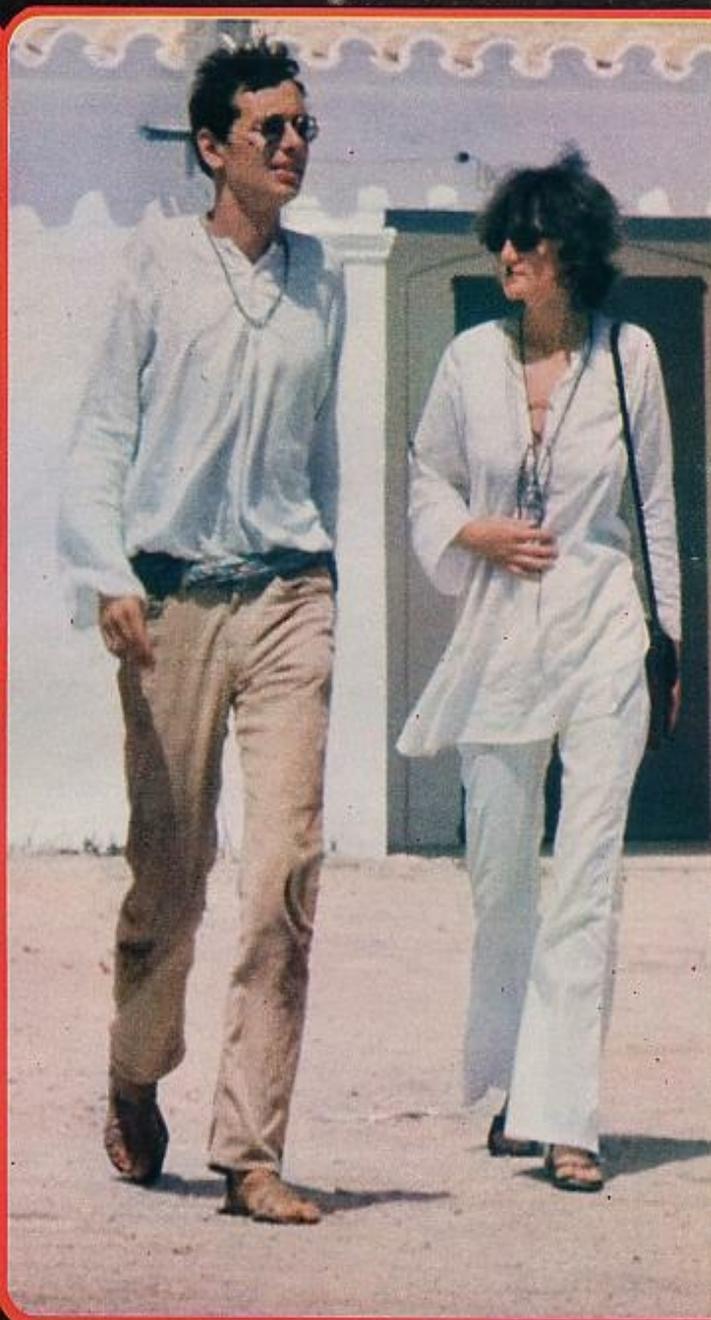
Detrás, la antigua muralla almenada cierra la ciudad interior, que asciende por la falda de la colina hasta la *Vila* señorial, con su catedral gótica.

El viaje a Formentera dura poco más de una hora y cuarto.

La *Joven Dolores* va llena de un amplio muestreo del turismo, que en estos años ha caído sobre las islas Pitiusas. Familias inglesas con los niños, señoras alemanas jubiladas, dos muchachas barcelonesas muy compuestas (*amb la mamà*) parejas de jóvenes franceses, ellos levemente achulados, a la europea, ellas con mucha tontería, tumbados en los botes de cubierta en traje de baño. Dentro, en los barcos farrados de plástico, una familia mallorquina de riguroso luto. Y luego, la gente ibicenca, los marineros y cobradores de la *Joven Dolores* con aire todavía de no dar crédito del todo al milagro turístico (*qui ens ho havia de dir*), recordando tal vez aún el tiempo

en que, desde lo alto de la ciudad, bajaba por todas las calles un reguero de letrina hasta el mar y los cerdos hozaban en los montones de basura. Lo de las letrinas se resolvió hace ya años con un sistema de alcantarillado lo suficientemente imperfecto para que, de cuando en cuando, acuda aún hoy un popular olorillo a las narices internacionales y sofisticadas del turismo. En cuanto a los cerdos, un alcalde aventajado, sin duda socialista, dictó en tiempos gloriosos un Bando que pasará a la historia política nacional por su rotunda concreción y eficacia: «*Qui l'agai, es seu*» («Quien lo agarre, es suyo»), con lo que, de la noche a la mañana, desaparecieron los gorrinos de las calles de la ciudad. Pero los tiempos han cambiado, y ahora, en la proa de la *Joven Dolores* se agolpa una juventud deslumbrante, europea y americana, en cierto modo apátrida, que, sin saberlo, viene a perturbar, con el incordio de la alegría, la agarrotada estructura nacional. Voy a Formentera siguiendo el rastro de esta juventud ▶





procedente de países donde pasan cosas. Porque Formentera se puebla, en verano, y en parte también en invierno, según dicen, de una gente joven notablemente distinta de la que hemos encontrado entre los turistas, puramente veraniegos, de Benidorm, de Torremolinos o, incluso, de la misma Ibiza. La gente de la isla los llama «hippies» o, más bien, «jipis», metiendo de esta manera en el mismo saco a todo lo que no tenga el aspecto que, después de algunos años de explotación del turismo, ha llegado a ser convencional entre nosotros. Así, en el ánimo de la población de la isla, se delimitan dos grupos claramente diferenciados: el de los «jipis» y el de los «turistas». Los «turistas» vienen de Ibiza por las mañanas en excursiones organi-

zadas. Al bajar de «la barca», los meten en un autobús, les dan una vuelta por la isla y luego un rato libre para tomar un baño en la preciosa playa de Cala Pujols. Comen en alguno de los restaurantes o chiringuitos de la playa, visitan luego a lo mejor las salinas y el llamado Estany Pudent, lago marítimo interior cerrado, y, tras tomar una coca-cola, son facturados de nuevo a Ibiza. Hay también un núcleo de población veraneante, gente, por lo general, con propensiones intelectuales, pues así lo requiere el carácter medieval de la isla. Completan el cuadro un par de espías ingleses jubilados. Todos los demás son «jipis». Se calcula que la población forastera de la isla, descontando los «turistas» que pasan allí el día, es, en verano, de dos a tres

mil personas (en invierno, de unas trescientas, entre ellos algunos «hippies» en sentido estricto) que, junto con los tres mil formenterenses, forman una población de seis mil habitantes, aproximadamente, para una isla de algo más de ochenta kilómetros cuadrados de superficie.

La isla de la Calma

El paisaje de Formentera es realmente admirable. Empleando un adjetivo decididamente cursi, podríamos decir con verdad que es paradisiaco. En el centro de la isla se extiende una gran llanura de tierras de secano, donde se cultivan el trigo y otros cereales. El nombre mismo de Formentera deriva del latino frumentaria, con que la designaron los roma-

nos. El maíz crece raquítico por la falta de agua y los árboles están espaciados entre los muretes de piedra marés que delimitan las fincas. Olivos, algarrobos, frutales, alternan en algunos lugares con pequeños bosques de sabinas. Las higueras son los árboles característicos de la isla. Su ramaje se extiende horizontalmente sobre puntales de madera (estalons), formando un enorme círculo que recuerda a un empujador. Algunas higueras llegan a tener doscientos puntales y dan varios centenares de kilos de higos. El robo de higos por parte de los llamados «jipis» ha dado recientemente algunos «disgustos» a los guardias civiles encargados de la vigilancia de la isla, si bien es verdad que éste ha sido, hasta ahora, el mayor des-



Vienen directamente de América, sin detenerse en el camino; instalan su hogar provisional bajo los árboles o en las humildes casas de la isla, de tradicional arquitectura. Es precisamente la vida medieval de Formentera lo que les interesa, la vida de un pueblo de agricultores y marineros en que las mujeres van vestidas a la antigua usanza y en que las virtudes tradicionales del subdesarrollo no han sido sustituidas todavía por la forma de vida de la civilización moderna.

JIPIS Y HIPPIES

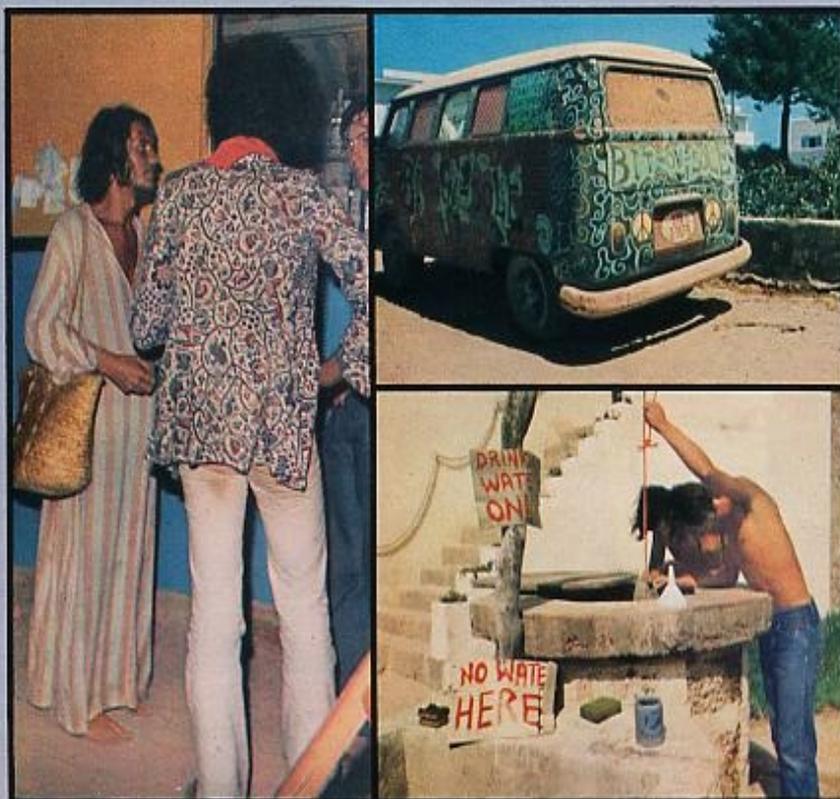
afuera de que ha podido acusarseles. En Formentera, la población no vive en pueblos, sino dispersa más bien en las casas de campo (can), que suelen ser construcciones de una sola planta, de tipo ibicenco, formadas por un núcleo o célula central al que se van añadiendo, según las necesidades de la familia, otras células de distinto tamaño y altura. Los materiales empleados son, por lo general, la piedra berroqueña (marés), característica de la isla, y la argamasa. En las cubiertas, que son planas, se colocan vigas de madera y finas losas de piedra que sostienen una capa de algas o de residuos de carbón vegetal, a modo de aislante, y una capa de arcilla. En la actualidad, cuando los jóvenes arquitectos europeos acuden a Formentera bus-

cando formas arquitectónicas que contribuyan a humanizar la vida deshumanizada de las grandes ciudades, los formenterenses parecen estar deseando construir en su hermosa isla bloques de apartamentos, como han hecho sus conciudadanos de Ibiza, Mallorca, Cataluña o Alicante. Hay que decir, sin embargo, que hasta ahora no se ha cometido ningún crimen importante, desde el punto de vista arquitectónico.

En estas circunstancias, no tiene nada de particular que el paisaje natural y humano de Formentera pueda atraer a quienes, en Europa o en América, han empezado a desengañarse de las maravillas de la civilización del consumo. Tal vez sea difícil de comprender esto desde el punto de vista español. En este país se

ha venido luchando (a bofetadas por cierto) en estos últimos años por conseguir a medias todo aquello que ahora desean abandonar los retoños de la inmensa clase media occidental. El mismo hecho de vivir o de pasar sus vacaciones en la isla constituye para ellos una auténtica aventura. En Formentera apenas hay agua, han puesto la luz este año, no hay más que un teléfono, los establecimientos hoteleros se llaman pensiones o fondas y no existe forma humana de tomarse una cerveza fría. A la belleza del paisaje —el azul del mar, los atardeceres incomparables en los estanques de las salinas, donde el agua se pone de color violeta, las soledades del Cap de Barbería, los salvajes arenales de la playa del Mitjorn o los impre-

sionantes acantilados de la Mola— se añade todavía un importante elemento cultural. «A mí no me extraña que vengan los "hippies" a Formentera —me decía alguien—, porque los formenterenses tienen también algo de "hippies"». Es una forma de decirlo. La civilización de la isla no ha cambiado mucho desde la Edad Media. Es una civilización de agricultores y marineros establecida a mediados del siglo XIII, cuando Guillermo de Montgrí conquistó y pobló las Pitiusas en nombre del Rey de Aragón. La vida de la isla tiene aún mucho de la bucólica placidez del pasado. Por todas partes se ven mujeres ataviadas con el traje antiguo (consistente en un no determinado número de refajos), y tocadas con el sombrero de pal-

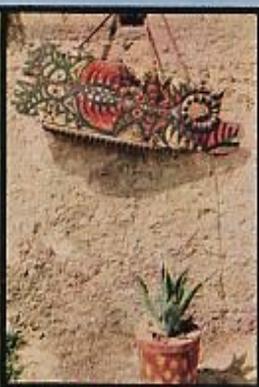


La gente de la isla llama «jipis» a todos los que llevan barba o melena. Pero la juventud rechaza las etiquetas. Manifiesta a su manera, a veces sin meditarlo mucho, su actitud de rebeldía contra la sociedad de consumo.



mito, conduciendo rebaños de cabras. Hay molinos de viento, hoy habitados por misántropos de habla inglesa. La gente, lo mismo aquí que en Ibiza, aunque ha empezado ya a sentirse acuciada por el ánimo de lucro del turismo, conserva todavía una pachorra preindustrial, una calmosa alegría que, por comparación, y a pesar de las razones de don Santiago Rusiñol, convertirían a la Mallorca que él llamó «La isla de la Calma», en la isla de las

prisas. Conserva, además, al menos en su fuero interno, una cierta falta de respeto por el poder del dinero. Tal vez una anécdota de un personaje popular de Ibiza, ya fallecido, el Canals, contribuya a explicar el tipo de humor que se gastan los habitantes de las islas Pitiusas. Este Canals tenía un puesto de cacahuetses bajo los pórticos que hay en la Avenida de Vara del Rey, en el lugar donde se encuentra el edificio de la Banca Abel Matu-



JIPIS Y HIPPIES

Formentera ofrece a los jóvenes inconformistas, decepcionados del mundo en que viven, una especie de paraíso natural en el que proseguir la búsqueda de sí mismos.

tes. Un conocido le daba la lata todos los días pidiéndole dinero prestado y el Canals, ya cansado, le dijo finalmente: «Mira, has de saber que Abel Matutes y yo tenemos un pacto». «¿Un pacto?», dijo el otro, extrañado. Y contestó Canals: «Sí. Ni yo puedo prestar dinero ni él puede vender cacahuetes».

«Jipis» y «hippies»

De esta forma, la fama de la isla de Formentera se ha ido ex-

tendiendo por el mundo, no precisamente entre los turistas de agencia, sino entre los jóvenes decepcionados del consumismo. Directamente de América, sin detenerse por ningún concepto en el camino, llegan a Formentera muchachos y muchachas de la generación rebelde. No se comprende realmente que las fuerzas vivas de la isla se quejen algunas veces de que por culpa de los «jipis» no acuda el gran turismo a Formentera. Pocos lugares de Espa-

ña habrá seguramente que sean tan conocidos en los Estados Unidos como lo es Formentera.

Sospecho que las fuerzas vivas se equivocan de táctica al ocultar a los «hippies». Pero, ¿son realmente «hippies»? Hacer un Who is Who de la población forastera de la isla sería cosa de no poco trabajo. Tal vez lo esté haciendo el novelista Jesús Torbado, a quien encontré en Formentera preparando su libro «La Europa de los jóvenes». Tal vez podría

hacerlo el pintor ibicenco Toni Gabrielelet, que vive allí compartiendo hospitalariamente su cabaña, a lo franciscano, con una docena de ratones y con todo el que no haya encontrado hospedaje en las superpobladas fondas de la isla. Quizá debiéramos preguntárselo a Toni, que sabe de «jipis» más que nadie, o bien al popular Marianet, que tiene alma de «hippy», aunque hable en catalán. En una palabra, lo que llaman «jipis» en la isla, ¿son real-

(Continúa en la página 44)

JIPIS Y HIPPIES

(Viene de la página 26)

mente «hippies»? Por mi experiencia de estos días puedo decir que ninguna de las personas con aspecto de «hippies» con quienes he hablado, se llamaba a sí misma «hippy». Es posible que el motivo de ello esté en el hecho de que, en los últimos tiempos, la sociedad de consumo había intentado, y en parte conseguido, una integración de los «hippies». Las concentraciones de «hippies» en los Estados Unidos se había convertido en un negocio. El hippismo ha traído consigo la creación de un estilo de decoración y de costura que ha hecho gran fortuna entre los «snobs» al uso. El «proletariado freudiano», como alguien ha denominado a los «hippies», podía muy bien renunciar a las comodidades mundanas, predicar el amor entre los hombres o repartir flores a los policías que les perseguían con las porras en las concentraciones. No importaba. Siempre había comerciantes, a lo mejor disfrazados, que hacían el negocio.

«Nuestro árbol»

Es natural que a la gente honrada que ha tomado parte en este movimiento de rebelión no violenta, le repugne un poco verse reducida a un espectáculo folklórico. Raramente he encontrado en Formentera «hippies» vestidos del modo ya convencional entre ellos. Se veían hombres con chilabas al estilo moro, con barba y grandes melenas, a chicas con túnica y cabellera al viento, pero no abundan los collares y dijes que las boutiques han comercializado, ni los tatuajes de colores, ni las flores en el pelo y en la barba. Parece, juzgando por lo que puede verse en Formentera, como si se hubiera pasado a una situación de post-hippismo, en la que se mantienen las ideas fundamentales de la filosofía «hippy», pero en la que se está huyendo de una imagen estereotipada, fácilmente comercializable. Es posible, de esta manera, que el «hippy» haya sido integrado. Lo que es seguro es que la juventud rebelde de América o de Europa no lo ha sido. La actitud de rebelión de los jóvenes americanos no hace sino aumentar de día en día. El otro día, hablando con un grupo de chicos y chicas, de los que llaman «jipis» en Formentera, pude darme cuenta del grado a que han legado las cosas. Estábamos sentados bajo un árbol del bosque de sabinas próximo a la playa de Mit-

jorn. Los peregrinos veraniegos de la isla no viven en casas ni gastan dinero en pensiones. Viven bajo los árboles o, a veces, en las cuevas de los acantilados. A menudo, después de comer, el inquilino de un árbol invita a sus vecinos del bosque: «Venios luego a nuestro árbol», es hoy frase corriente en Formentera. Son pocos los que tienen tiendas de campaña. Las parejas o los grupos de amigos organizan su «casa» bajo las sabinas y decoran, a veces con adornos, el pequeño recinto vegetal. Por las noches, los arenales del Mitjorn cobran el aspecto de un primitivo campamento beduino. Desde el «Blue Bar» o desde «El Pulpo», que son los dos únicos chiringuitos de las inmediaciones, se ve una sucesión de pequeñas hogueras alrededor de las cuales los hombres barbudos y las chicas de la larga túnica reviven, en la búsqueda de sí mismos, las primitivas etapas de la historia del hombre. Cuando llegué a la sabina de los norteamericanos, uno de ellos estaba cantando, muy bajito, una canción «folk» a la guitarra. Les vi tan bien puestos, como decimos en España, tan colocados en su ambiente, que no pude por menos que decirles, sin más preámbulo: «Son ustedes completamente felices». Se rieron mucho, a carcajadas. Tenían cierto sentido del humor. Yo bromeaba acerca de «el hombre natural» y de «la vuelta a la naturaleza» y ellos seguían muy bien la broma. Luego empezamos a hablar de los Estados Unidos. Dijeron que los políticos americanos eran unos bandidos, sin excluir a los Kennedy, y que los Estados Unidos eran una democracia al servicio de los intereses de las industrias militares. Les pregunté qué pensaban del reciente viaje a la Luna. Era una pregunta clave y, cuando lo hice, todos los presentes se echaron a reír y un chiquito de ojos centelleantes y barba rala dijo solemnemente: «Créame usted, jese día me sentí tan orgulloso de ser americano...!». Todos corearon con risas la ocurrencia y una chica feúcha se puso a aplaudir, como en el teatro. Luego, otra muchacha contó que había perdido el pasaporte y que tenía que ir al Consulado a pedir otro. Y comentó: «Lo que siento es que, después de haberlo perdido, me he enterado que por un pasaporte americano llegan a pagar quinientos dólares».

Consideré ocioso preguntar a los chicos si eran «hippies» o qué demonios eran. Algunos de ellos se

guían estudiando en la Universidad, otros la habían abandonado. Pertenecían todos a familias de la clase media y cuando pregunté si había, entre ellos o entre sus compañeros, hijos de obreros me dijeron que, en los Estados Unidos, los obreros (que allí se llaman «blue collars» o «cuellos azules», en contraposición a los empleados de «cuello blanco» o «white collars») pertenecen en realidad a la clase media. El verdadero proletariado es negro o puertorriqueño.

«Plásticos y «mirones»

Por la tarde tuve ocasión de hablar con un grupo de gente que respondía más a la idea que hemos venido teniendo de los «hippies», aunque, como he dicho antes, ninguno de ellos se hacía llamar así. Me los presentó un psicólogo español que ha trabajado todo el año en Formentera, Carlos Gil Muñoz, que ha recogido una importante documentación sobre los «hippies», consistente en encuestas que versan sobre una serie de aspectos, desde las relaciones sexuales hasta el consumo de drogas. Gil Muñoz me confirmó que esta gente, no se llama a sí misma «hippy», aunque a veces siguen empleando el término «hip», que se utilizaba en el antiguo «jazz» para expresar la idea de «estar dentro» o «estar iniciado». Ellos llaman despectivamente «square» (cuadrado) a la persona que se integra en la sociedad actual. A los que abandonan las convenciones sociales sólo cuando están de vacaciones, o bien ocasionalmente, les llaman «plásticos», y a los meros acompañantes o curiosos, «mirones», que son los que ayudan a vivir a los «hippies» comprándoles los pequeños objetos que fabrican cuando tienen ganas de hacerlo. Por eso se dice en América que «el «hippy» vive del mirón». Un muchacho danés, a quien conocí en la Fonda Pepe, de San Fernando, se dedicaba a la confección de unos preciosos bolsos de señora en tela bordada. ¡Nunca pude imaginar antes tanto primor en un hombre tan barbudo! La Fonda Pepe es el centro de los «hippies» de la isla. Se reúnen allí a la caída de la tarde, recogen el correo y pasan el rato charlando o tocando la guitarra o el tam-tam, sentados en el suelo.

La filosofía de los «hippies», si se me permite emplear una vez más este término convencional, es una mezcla variopinta de diversas

doctrinas. Buda, Cristo, el Zen, los Vedas han inspirado algunos de sus principios, y Allen Ginsberg, el poeta melenudo; Ken Kesey, el novelista; Marshall McLuhan, Bob Dylan y Aldous Huxley, que defendió el uso de las drogas en su «Doors of Perception», son algunos de los autores predilectos. Su decálogo se concreta en tres puntos fundamentales: «Haz todo lo que te plazca, como y cuando te plazca. Déjalo todo, abandona la sociedad tal como la has conocido. Convierte a los burgueses que encuentres, si no a la droga, al menos a la belleza, al amor, a la alegría». La mansedumbre y paciencia de los «hippies», sublime en ocasiones, raya a veces en la sensiblería y en la mala literatura. Los incidentes que se producen en la isla a propósito del robo de higos no los provocan los «hippies», sino los «plásticos» y los «mirones», o los simples «square». Los «hippies» que viven en Formentera todo el año se llevan muy bien con la gente de la isla.

¿Drogas? Hay algo de drogas en Formentera. Poca cosa: Marijuana, Hashish, algo de LSD. No hay «hippy» sin droga. Ellos creen que el uso de las drogas (viaje) aumenta la capacidad creadora del cerebro y puede conducir a una mutación en el hombre.

Una cosa más, para terminar. Hay «hippies» españoles. Ser «hippy» en los Estados Unidos puede llegar a ser divertido. Ser «hippy» en España es heroico. Parece que la ciudad que da más «hippies» es Bilbao, seguida de Barcelona. No hay memoria en Formentera de «hippies» madrileños, pues, aunque una vez llegaron cuatro muchachos vestidos de «hippies», resultaron ser empleados del Banco Hispano Americano que estaban de vacaciones. Siento un íntimo respeto por los experimentalistas españoles que se atreven a ser «hippies» en este país. Pero los españoles no podemos evitar una cierta malignidad. Estábamos un grupo de amigos bromeando a propósito de los «hippies» de Bilbao. Alguien inventó una copla:

Desde Santurce a Bilbao
vengo por toda la ría
con mi barba y mi melena
y mi paquete de grifa.

Sale a las cinco, para Ibiza, la Joven Dolores. La Tanit sale al mismo tiempo y llega antes. Pero la Joven Dolores es más marinera. ■ L. C.